
Relaciones de reciprocidad de la población mexicana

*José Luis Castrejón Caballero*¹

Resumen

En este documento se analizan las relaciones entre la población mexicana de 50 años y más con sus hijos y nietos respecto a las ayudas económicas y no económicas proporcionadas y recibidas. Se examinan las diferencias que se presentan entre las personas de edad mayor hablantes de lengua indígena y el resto de la población, entre hombres y mujeres así como entre los diferentes grupos de edad quinquenal. Se utiliza la información recolectada en el Estudio Nacional de Salud y Envejecimiento en México (ENASEM) de 2001, aplicando técnicas estadísticas bivariadas (análisis de contingencia) y multivariadas (análisis de correspondencia múltiple). Se construye un índice de reciprocidad, analizando las diferencias por aspectos de etnicidad, género y edad.

Palabras clave: transferencias, vejez, indígenas mexicanos.

Abstract

Offspring reciprocity relationships among mexican population

This paper analyzes the relationships between 50 years old Mexican people and older and their children and grandchildren in relation to monetary and not monetary aids. It also examines the differences between speakers of an indigenous language and the rest of population, the differences between men and women and finally the differences between groups of people grouped by age. For this analysis, we used the information collected from the National Study of Health and Ageing in Mexico 2001 (MHAS 2001), using the bivariate statistical (contingency analysis) and multivariate techniques (multiple correspondence analyses). Finally this paper introduces an index of reciprocity, analyzing the differences between ethnicity, gender and age.

Key words: ageing, mexican indigenous, transference.

1 Profesor-investigador de la Escuela Nacional de Antropología e Historia, México, ljcastrejon@gmail.com

Introducción

El cambio de estructura de la pirámide poblacional que se expresa en un mayor peso porcentual de las personas de mayor edad ha sido definido como envejecimiento demográfico. Esta nueva estructura de la distribución de edades de la población se ha asociado a la baja en las tasas de fecundidad y mortalidad y ha sido, como proceso, denominado transición demográfica. Sin embargo, al englobar la totalidad de la población en esta perspectiva se ocultan comportamientos demográficos heterogéneos que suelen ser el reflejo de la desigualdad que impera en la sociedad. En el caso de la transición demográfica en México, aun cuando se ha observado una declinación de la fecundidad y de la mortalidad en la totalidad del país, se presentan acentuadas diferencias entre las entidades federativas. Por ejemplo, para el año 2000, el número de hijos por mujer en Chiapas era de cuatro, mientras que en el Distrito Federal y Nuevo León era de poco más de dos hijos, lo que muestra que estas dos últimas entidades ya llegaron al nivel del reemplazo. Por otra parte, la esperanza de vida al nacer en Chiapas y Oaxaca era de casi 70 años, en contraparte con el Distrito Federal y Nuevo León donde se supera levemente los 75 años. De acuerdo con estos datos, a nivel entidad, podríamos decir que en el país hay dos escenarios demográficos claramente diferenciados: uno tiene estructura por edad joven, alta natalidad y alta mortalidad, con fuerte migración interna e internacional, y el otro presenta baja mortalidad, baja natalidad y con una estructura por edad en acelerado proceso de envejecimiento, con un crecimiento demográfico muy lento (Ordorica, 2004).

La coexistencia de diversos escenarios demográficos prevaecientes en nuestro país a nivel entidad induce a reflexionar sobre la existencia de patrones demográficos diferentes en otros niveles de agrupación de la población. Es el caso de la población hablante de lengua indígena, donde el promedio de hijos nacidos vivos es de 3,9, contrastando con el de la población total que es de 3,1. Respecto a la mortalidad infantil, en población hablante de lengua indígena la tasa es de 48,3 muertes por cada mil nacidos vivos y la cifra del total nacional es de 28,2 (CNDPI, 2002) y, con base en nuestras estimaciones, en 1997 la esperanza de vida de la población indígena era de 67,9 años lo que marca una diferencia de casi cuatro años respecto a la población no indígena (71,6). Estas cifras apuntan hacia la consideración de que la transición demográfica en la población indígena tiene un ritmo diferente respecto a la población no indígena, lo cual se expresa en mayores niveles de mortalidad y fecundidad, menores esperanzas de vida, un inicio más temprano de la unión o matrimonio y una estruc-

tura etaria más joven que la población no indígena (Vega y Martínez, 2003, p. 165). Si partimos del supuesto expresado líneas atrás de que el envejecimiento demográfico es una consecuencia de la transición demográfica y aceptando que la población indígena lleva un ritmo diferente, se infiere que el proceso de envejecimiento es disímil en este grupo, aspecto que debe agregarse a las peores condiciones sociales y económicas que caracterizan a este grupo de la población, así como, a la diferenciación de valores culturales, idioma e identidad propios, y a sus formas de organización social y modalidades específicas de vincularse con la naturaleza, de organizarse para el trabajo y de regirse por las normas y leyes que dicta su tradición.

Hombres y mujeres somos diferentes en el sentido biológico, aspecto que probablemente ha dado pautas para concebir diferencias sociales respecto a los roles y estatus que se han asignado a ambos sexos. Estas diferencias se manifiestan en situaciones desiguales en ámbitos de la vida cotidiana, como son educación, acceso a plazas laborales, puestos públicos, roles de hogar, etcétera, donde las mujeres han sido colocadas en desventaja. Las desigualdades de género, aunado a la mayor esperanza de vida femenina, propician que hombres y mujeres sigan diferentes cursos vitales que probablemente se traducen en variaciones en la salud, bienestar económico y recursos familiares en el último tramo de la vida. En consecuencia, estudiar aspectos de la vida de las personas de edad mayor debe considerar las diferencias de género.

Es común suponer que las personas de edades avanzadas tiendan a recibir mayores apoyos de parte de sus hijos o descendientes; sin embargo, distintos estudios coinciden en señalar que los hijos también son receptores del apoyo emocional (confianza, compañía, orientación, etcétera) e instrumental (ayuda financiera, ayuda en las labores de la casa, etcétera), proporcionado por las personas de edad avanzada (Clemente, 2003, p. 16) estableciéndose cierta relación de reciprocidad. Los estudios antropológicos en comunidades indígenas han resaltado la importancia que tienen las fuertes relaciones de parentesco en estas poblaciones para la supervivencia ante las circunstancias adversas que atraviesan, por lo que las redes familiares y sociales de apoyo tienen un importante papel en la atención y satisfacción de necesidades de los mayores. Se ha observado que estos sistemas de apoyo familiar no son sistemas de dependencia sino de reciprocidad. Los indígenas de edad avanzada transfieren a sus hijos, o a sus proveedores de recursos en la vejez, bienes como las tierras y servicios como trabajo doméstico, preparación de alimentos o cuidado de los niños, mientras que ellas reciben respaldo familiar o social, y apoyos en forma de transferencias monetarias, instrumentales o emocionales.

En este contexto, el objetivo de este documento es describir y analizar las relaciones que la población de edad mayor mantiene con su entorno, es decir, las redes sociales y familiares de intercambio, en particular la que establecen con sus hijos, que posibilitan su subsistencia, intentado dar respuesta a la cuestión: ¿existe relación entre las ayudas recibidas y proporcionadas con la condición de etnicidad, edad y género de las personas mayores?

Redes sociales y edad avanzada

Aunque en tiempos recientes las redes sociales son términos que se asocian a las nuevas tecnologías de comunicación, se puede decir que existen desde la misma formación de las sociedades (Luna, 2004). Aunque no existe un concepto único de redes sociales, convendremos que son

una práctica simbólica-cultural que incluye el conjunto de relaciones interpersonales que integran a una persona con su entorno social y le permiten mantener o mejorar su bienestar material, físico y emocional y evitar así el deterioro real o imaginado que podría generarse cuando se producen dificultades, crisis o conflictos que afectan al sujeto (Guzmán, Huenchuan y Montes de Oca, 2003).

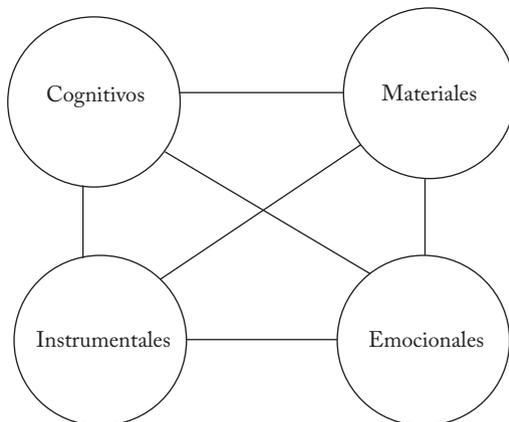
Algunos elementos básicos para el estudio del tema son el apoyo social, la identificación de las fuentes de apoyo, los tipos de vínculos, la disponibilidad y sostenimiento de las redes, y la complementación entre fuentes formales e informales de apoyo social. A continuación se aborda brevemente cada uno de ellos.

Referente a los apoyos se consideran cuatro categorías: materiales, instrumentales, emocionales y cognitivos. Los apoyos materiales implican un flujo de recursos monetarios (dinero en efectivo, sea como aporte regular o no, remesas, regalos y otros) y no monetarios, bajo diversas formas de apoyo material (comidas, ropa, pago de servicios y otros). Los apoyos instrumentales pueden ser el transporte, la ayuda en labores del hogar, el cuidado y acompañamiento. Los apoyos emocionales se expresan, por ejemplo, por la vía del cariño, la confianza, la empatía, los sentimientos asociados a la familia y la preocupación por el otro. Pueden asumir distintas formas, como visitas periódicas, transmisión física de afecto, etcétera. Los apoyos cognitivos se refieren al intercambio de experiencias, la transmisión de información (significado), los consejos que permiten entender una situación, entre otros. Los cuatro niveles de apoyo pueden interactuar entre sí, como se muestra en la figura 1.

Con respecto a las fuentes de apoyo estas pueden ser de dos tipos: formal e informal (véase figura 2). El sistema formal de apoyo proviene

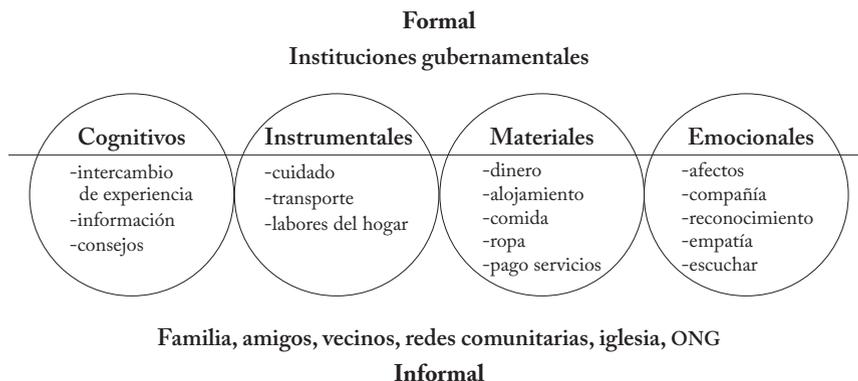
principalmente de una organización gubernamental. Los apoyos informales pueden ser definidos como los que otorga la familia, amigos, vecinos y otras redes sociales que están constituidas por gobiernos y otras entidades institucionales establecidas. Las organizaciones no gubernamentales (ONG) pueden ser consideradas formales o no, lo cual depende del grado de organización o su reconocimiento.

Figura 1. Tipos de apoyos



Fuente: adaptado de Guzmán, Huenchuan y Montes de Oca, 2003.

Figura 2. Fuentes de apoyo para adultos mayores



Fuente: adecuación propia a partir de Martínez (2002) y Guzmán, Huenchuan y Montes de Oca (2003).

El apoyo formal es otorgado básicamente a través de las pensiones que, como se ha documentado, cubre una parte mínima de la población adulta mayor siendo prácticamente inexistente en el caso de la población indígena. También puede considerarse en esta categoría los intentos de pensión universal por ejemplo, las otorgadas en el gobierno de la Ciudad de México y en algunas otras entidades y municipios del país. Los programas sociales a nivel federal como el Oportunidades (antes PROGRESA) recientemente han incluido un programa (70 y más) dirigido a la población de edad mayor que vive en zonas rurales marginadas, sin embargo su cobertura es limitada e insuficiente (\$300 mensuales aproximadamente).

Con respecto al apoyo informal, que es el de interés en este trabajo, la cohabitación con la familia es considerada como una de las formas más comunes de apoyo a las personas mayores, aspecto que implica la convivencia cotidiana en un hogar de individuos de diferentes generaciones que comparten además de objetos materiales como cocina, baño, comida, etcétera, otros elementos intangibles como son la compañía, los cuidados, el apoyo emocional, etcétera. Si bien es cierto que una de las formas más comunes de apoyo familiar es la cohabitación de los adultos mayores con sus familias, lo cual no parece haber cambiado sustancialmente (Hackert y Guzmán, 2004), este patrón puede modificarse en el futuro como resultado de cambios en la nupcialidad y la fecundidad debido a que las personas tienden a unirse o casarse cada vez en menor medida y/o a tener un menor número de hijos reflejándose en una creciente proporción de adultos mayores viviendo en hogares unipersonales y, por otro lado, el aumento de las necesidades de una creciente población de edad mayor demandante de recursos médicos costosos y mayor apoyo de otras personas.

Las redes de amigos y vecinos constituyen también fuentes de apoyo importantes ya que los vínculos de amistad son establecidos por intereses comunes y actividades compartidas. En lo que respecta a los apoyos informales que brindan las redes comunitarias se trata de entidades en las que las personas mayores participan en actividades manuales, de convivencia como bailes, aspectos religiosos o simplemente de intercambio de opiniones.

En cuanto a los tipos de vínculos que se establecen entre los proveedores de apoyo económico y las personas mayores se debe de considerar que se trata de una relación de reciprocidad entre quien provee y el que recibe apoyo. La relación no es unidireccional, pero no se trata de procesos enteramente definidos en que uno da al otro en función de lo que recibe de este, sino de un complejo sistema basado en normas culturales y valores sociales que premian ciertas conduc-

tas y penalizan otras. Otro elemento que no se trata en este trabajo y se debe analizar es la percepción de la ayuda recibida o dada no solo por los adultos mayores sino por sus familiares o redes de apoyos.

La disponibilidad de personas que puedan formar parte de las redes de apoyo depende de factores demográficos (baja fecundidad, migración, patrones de formación y disolución de uniones y otros) y no demográficos (como estabilidad en el empleo y nivel de bienestar de otros miembros de la familia), aunque una mayor disponibilidad no implica necesariamente recibir apoyos.

Las redes formales e informales se encuentran interconectadas. Montes de Oca (1999) ha encontrado que cuando los apoyos institucionales disminuyen o desaparecen, la red de apoyo informal (familia, amigos y otros) tiende a activarse, y a desactivarse cuando existen apoyos institucionales. Sin embargo, estas redes informales pueden verse seriamente dañadas cuando ocurren crisis graves, en las que los actores que intervienen en ellas (familiares, amigos y otros) sufren mermas extremas de sus propios recursos, dejando a los grupos más vulnerables, como es el caso de los mayores de edad, en una situación altamente precaria. Pese a lo anterior, se destaca la existencia de espacios específicos de interacción entre las redes formales y las informales. Uno de estos casos es el de las pensiones de vejez, que permiten a los mayores hacer una contribución a los otros miembros del hogar.

De acuerdo a la literatura sobre envejecimiento y la evidencia de muchos países, en la base de las diferentes redes de apoyo social se encuentra la familia, sea corresidente o no. Varios estudios han mencionado que el cónyuge y los hijos son los principales actores de este tipo de red. Sin embargo, las redes familiares se encuentran amenazadas por el descenso de la fecundidad y se espera que en el futuro otras redes sean capaces de apoyar a las personas adultas mayores (Montes de Oca, 2003).

El concepto de apoyo social consiste «en transacciones interpersonales que implican ayuda, afecto y afirmación» (Guzmán, Huenchuan y Montes de Oca, 2003). Este conjunto de transacciones interpersonales que opera en las redes, y se denomina genéricamente como transferencias, se presenta como un flujo de recursos, acciones e información que se intercambia y circula.

En México es notoria la aguda modificación de las relaciones familiares e intergeneracionales, fenómeno que resulta distinto según los estratos sociales y económicos. Seguramente, en las capas más bajas, la necesidad de sobrevivencia ha obligado a las familias a mantener lazos estrechos de apoyo. La «solidaridad familiar» consiste en vínculos que unen a los miembros de una familia. Implica la identi-

dad conyugal y la dinámica de las transferencias intergeneracionales. Los sistemas de transferencias están expuestos a presiones debidas al crecimiento de la población de viejos, al incremento de la sobrevivencia en edades avanzadas y a los cambios en la composición de la salud y discapacidad (Ham-Chande, Ybáñez y Torres, 2003).

Una forma habitual de solidaridad intergeneracional es la cohabitación, que reduce el gasto de vivienda por persona, resulta en economía de escala en la compra y preparación de alimentos y facilita el apoyo directo a parientes con necesidades especiales; ahora bien, la coresidencia no siempre implica una socialización de los recursos y los adultos mayores pueden recibir u otorgar transferencias de o a familiares que residen fuera del hogar.

El rol de las mujeres que en este momento tienen una edad mayor estuvo relacionada principalmente con las actividades del hogar, la crianza y el establecimiento de normas para con sus hijos, lo que fundamenta que se hayan establecido relaciones más estrechas con ellos. Es de suponer que las mujeres se benefician más que los hombres en las transferencias informales porque además cuentan con menos recursos económicos por haber tenido menor contacto con el sector formal de empleo. Los apoyos se incrementan con la edad por deterioros de la salud y disminución de recursos (Wong, 1999).

Transferencias, redes familiares y sociales de las personas de edad mayor en México

Uno de los primeros estudios que aborda relaciones entre adultos mayores y sus familiares en México es el de Tuirán y Wong (1993). Los autores, a través del término transferencias, analizaron el apoyo que reciben los adultos mayores de instituciones, familiares y amigos. Con base en información de la Encuesta Nacional de Ingresos y Gastos de los Hogares (ENIGH) de 1992, sostienen que existen transferencias importantes que realizan las familias para asegurar el bienestar de los individuos adultos, distinguiendo el flujo de transferencias no formales que permite a algunos hogares conservar cierto nivel de bienestar.

En su estudio sobre el apoyo que reciben los adultos mayores y las ayudas que ellos brindan, Montes de Oca (1998 y 1999), con datos de la Encuesta Nacional sobre la Sociodemografía del Envejecimiento (ENSE) de 1994, encontró que existe un intercambio de ayudas entre géneros y generaciones. Concretamente, la población femenina adulta joven ayuda a la población adulta mayor en quehaceres del hogar, cuidado físico, elaboración de comida, etcétera, en tanto la población

masculina, apoya con dinero. En sentido inverso, la población adulta mayor apoya con dinero a la población femenina y en algunos casos son las mujeres mayores las que ayudan a la población masculina joven realizando quehaceres del hogar y aportando comida. La autora concluye que si bien el sistema de apoyo a los ancianos está basado en relaciones intergeneracionales, estas son fundamentalmente de intercambio, lo que fortalece la hipótesis de que la población de mayor edad no es exclusivamente dependiente.

Una investigación en personas de 60 y más años residentes en la zona metropolitana de Monterrey (García y Madrigal, 1999) reporta que en cuanto a apoyos formales, el Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS) es la principal institución que atiende a ese sector de la población en aspectos de salud siendo también la principal institución relacionada con la previsión social de la población. Resalta el dato referente a que cerca del 20% de las personas encuestadas no contaban con ningún apoyo formal de atención a la salud y posibles transferencias económicas debido a la jubilación o pensión. Por otra parte, los autores se enfocaron al estudio de las redes informales, en particular a los apoyos recibidos por parte de las personas de mayor edad de sus familiares, amigos y vecinos, encontrando que si bien la relación con amigos y vecinos está predominante asociada con la provisión de apoyo moral o espiritual y con el otorgamiento de compañía, la interacción incluye también apoyo económico, alimenticio y médico. En cuanto a las relaciones con familiares los resultados indican que son los hijos los que en mayor medida proporcionan ayudas de compañía y apoyos no económicos a sus padres mayores. Con respecto a los apoyos económicos los resultados de la investigación permiten inferir que mientras las mujeres reciben ayudas de parte de sus familiares, los hombres las reciben de personas fuera del ámbito familiar. Respecto a las ayudas recibidas debido a problemas de salud resalta que mientras las mujeres fueron mayoritariamente atendidas por sus hijos, los hombres lo fueron principalmente por sus cónyuges, apreciándose la diferencia de apoyos recibidos debido a la situación conyugal de las personas de edad mayor.

Rubalcaba (1999), con información de la Encuesta Nacional de Ingreso y Gasto de los Hogares (ENIGH) de 1994, muestra que poco menos de la tercera parte de los hogares con ingreso monetario de ancianos vive principalmente de transferencias, presentando diferencias importantes entre hombres y mujeres, al considerar su desglose por tipo. Las mujeres con 60 años y más perciben sobre todo transferencias en forma de remesas monetarias procedentes tanto del país como del extranjero; en cambio, los hombres de edad se benefician más de

las pensiones aunque en su ingreso también son importantes las remesas de otros hogares, especialmente las procedentes del país.

Por otra parte Wong (1999), utilizando la Encuesta Nacional de Empleo (ENE) de 1996, menciona que de la población económicamente inactiva con 50 años y más, las mujeres son las que más reciben apoyos familiares (93,9%) en contraste con los hombres (55,9%), pero sobre todo son aquellos hombres y mujeres que no reciben pensión por trabajo. En ese sentido, su análisis mostró que la propensión a recibir apoyo familiar está relacionada en forma inversa con la de recibir pensión. Además, con un ejercicio estadístico solo para la población con 60 años y más, muestra que la propensión a recibir apoyo familiar está asociada con el aumento en la edad, con un mayor número de hijos para las mujeres, con la incapacidad en el trabajo y con difíciles condiciones socioeconómicas, medidas por las condiciones de vivienda y la residencia en áreas menos urbanizadas. La autora concluye que en ausencia de la protección institucional los apoyos familiares son en gran medida la red que sostiene a la población con 60 años y más.

Con base en la encuesta de Salud, Bienestar y Envejecimiento (SABE) del año 2000, se realizó una investigación para evaluar la calidad de vida y las redes de apoyo de las personas en edades avanzadas en la zona metropolitana de la Ciudad de México (Ham-Chande, Ybáñez y Torres, 2003), encontrando que los hijos, tanto los corresidentes como los que viven fuera del hogar, les dan dinero a sus padres, más a las mujeres que a los hombres, situación que se invierte si la ayuda se refiere a servicios no monetarios. Otro dato a resaltar de este estudio, es que más del 75% de las personas de edad avanzada reconocieron proporcionar ayuda, cerca del 40% son monetarias y 50,4% son en servicios, siendo el cuidado de niños uno de los rubros más mencionados.

Utilizando información de la ENSE-94, Solís (1999) encontró que siete de cada diez personas mayores de 60 años recibe algún tipo de ayuda por parte de un familiar, amigo o vecino, siendo la ayuda en especie la más común, seguida de la económica y de apoyo físico, siendo frecuente que los individuos reciban en forma simultánea este tipo de apoyos. Los hijos son los que mayormente proporcionan la ayuda, siendo mujeres las que en mayor proporción dan apoyo físico y en especie, en tanto los hombres proporcionan en mayor medida ayudas monetarias. Aplicando un modelo de regresión logística, el autor muestra que el aumento de la edad y el deterioro físico amplían la probabilidad de recibir algún tipo de apoyo, mientras que trabajar o contar con algún ingreso disminuye esta posibilidad. Los arreglos familiares, la presencia de hijos sobrevivientes y la situación conyugal

son variables que determinan diferencias en la posibilidad de recibir apoyos, ya que se incrementa en aquellos que están unidos con y sin hijos y si viven en un hogar unipersonal.

Montes de Oca (2004), reporta que el apoyo dentro del hogar no es obtenido en forma universal entre la población adulta mayor, aunque representa el más importante, incluso mucho más que el apoyo de instituciones gubernamentales de seguridad y asistencia social y el apoyo de familiares y amigos o vecinos de otros hogares. La autora advierte que puede deberse a que algunos adultos mayores no reportan o bien subestiman las aportaciones de otros miembros de la familia como formas de ayuda. Para reforzar su argumento la autora hace alusión a una investigación cualitativa que realizó en la Ciudad de México, donde al indagar sobre las formas de intercambio en el interior de algunas unidades domésticas encontró que los hombres en edad avanzada no consideran ayuda las actividades que las esposas e hijas realizan para el cuidado y bienestar cotidiano de los esposos-padres. Ellos perciben tales tareas como «sus obligaciones». Otro dato que reporta esta autora, relevante para la investigación que aquí se está planteando, es que el apoyo dentro del hogar aumenta cuando el adulto mayor muestra claras evidencias de necesitarlo, es decir, cuando se encuentra en un estado funcional deficiente lo que le impide realizar actividades básicas de la vida diaria. La proporción de los que reportan apoyo dentro de sus unidades domésticas es de 62,5%. Utilizando modelos estadísticos de regresión logística, la autora concluye que el apoyo en el interior del hogar depende de las condiciones de salud de la población adulta mayor, de sus características económicas, así como del tipo de hogar.

En el estudio sobre aspectos de vejez en personas que habitan colonias marginales de cuatro ciudades de México (Jáuregui, Poblete y Salgado, 2006), los autores muestran que la condición de analfabetismo es una situación de desventaja en la vejez, ya que al no contar con elementos básicos que les permitan negociar cotidianamente su realidad con instituciones, amigos y familiares, propicia vivir en peores condiciones de vida. Otros hallazgos de la investigación son que la percepción sobre un mejor apoyo y atención de sus familiares es mayor en los individuos de 80 y más años respecto al grupo de 60 a 69 años, y que la red de apoyo familiar es más intensa en las ciudades más pequeñas. Un aspecto que llama la atención es la relación de reciprocidad de ayudas, donde las mujeres ancianas asumen el papel de cuidadoras de nietos siendo beneficiadas con apoyos materiales e instrumentales por parte de sus hijos y por otra parte un porcentaje de las personas encuestadas señaló que tienen bajo sus cuidados a personas con problemas de salud.

Un estudio antropológico de la vejez en una comunidad rural (Tlacolulan, Veracruz), señala entre sus resultados que la familia es el principal recurso o fuente de ayuda en ese contexto de falta de apoyo institucional, siendo fundamental el apoyo de los descendientes directos, hijos (as), especialmente los de menor edad y/o solteros, en particular resalta el rol de las mujeres que brindan apoyo en las actividades básicas como el baño y la alimentación de sus padres en caso de enfermedad (Ronzón, 2003). Son tres las motivaciones por las cuales los hijos ven por sus padres ancianos de acuerdo a lo mencionado por la autora: en agradecimiento por la atención y cuidado que recibieron de pequeños, en correspondencia debido a que sus padres cuidan de los hijos de ellos y los que apoyan eventualmente sin ningún compromiso. Sin embargo, la autora encontró casos donde a pesar de limitaciones físicas por la edad y/o enfermedad había ausencia de apoyo familiar lo que es explicado, en parte, por la situación de pobreza que existe en la comunidad y que ha obligado a la población joven y madura a emigrar tanto a ciudades de México o hacia Estados Unidos, propiciando lejanía física con sus padres ancianos.

En contraste con el trabajo anterior, Cantú (2003) encontró en su investigación sobre la vejez de hombres de una comunidad que se ha dedicado a la siembra del café y de la caña en el contexto de un ingenio, que la mayoría cuenta con una pensión por jubilación y que las ayudas informales por parte de familiares son prácticamente inexistentes, a pesar de que los ancianos esperaban que el principal sustento en esa etapa de la vida fuera proporcionado por sus hijos, motivo por el cual les obliga a seguir siendo autosuficientes. El autor relaciona este aspecto con la pérdida de liderazgo de los ancianos al interior del grupo familiar, el cual ha cambiado de ser un hogar nuclear extenso a uno compuesto, que se caracteriza porque los hijos, nueras y nietos viven en el mismo terreno, pero no en la misma vivienda, lo que disminuye la posibilidad de apoyos de los hijos y sus familias a sus padres ancianos.

Con base en los resultados de una investigación de corte cualitativo, observación y entrevistas a profundidad, Enríquez (2005) reflexiona sobre el papel de las redes sociales en contextos de vejez y pobreza en Guadalajara. La autora encontró casos de alta vulnerabilidad económica y social en donde, aun con problemas graves de enfermedad, las redes de apoyo familiar no se activaron oportunamente debido al desempleo y la distancia. En algunos casos, la provisión de ayuda no fue continua ni con un patrón en tiempo y forma que permitiera a la población mayor salir adelante. En muchos casos, debido a la enfermedad, esta población inhibió su capacidad de reciprocidad, lo que

restó estímulo en la actuación de la red. A partir de la información recolectada la autora muestra que las redes sociales sufren un desmembramiento al paso del tiempo ya sea por muerte, enfermedad o por desplazamientos en la gran ciudad, además de que la situación de crisis y pobreza a la que se enfrentan los familiares limitan las posibilidades de ayuda. Otros resultados de la investigación plasmados en un documento diferente (Enríquez y Aldrete, 2003), indican que compartir el espacio doméstico no necesariamente representa para los adultos mayores protección, seguridad y compañía. La información recopilada muestra situaciones en tensión que cuestionan frontalmente estas premisas y que los vínculos familiares deben ser entendidos a partir de su carácter dual: solidaridad y conflicto; compañía y aislamiento; cooperación y competencia; amor y desamor; cercanía y distancia; palabras y silencios. A pesar de que el estudio comprueba que son los hijos antes que las hijas quienes ofrecen apoyo económico a sus madres y que las funciones de compañía, convivencia y consuelo son desempeñadas prioritariamente por las hijas, en el caso de los apoyos económicos de los hijos, las nueras juegan un papel de conflicto en el cual se merma la posibilidad de que las personas mayores cuenten con ese apoyo. Con relación a los posibles apoyos extrafamiliares las autoras encontraron que vivir en un asentamiento urbano pobre al lado de hombres y mujeres que experimentan la misma situación socioeconómica no garantiza actualmente la activación de los vínculos vecinales y, por tanto, la solidaridad vecinal ha ocupado una posición marginal que refleja el desgaste acumulado ante la lucha por condiciones de vida dignas.

Otra investigación basada en métodos cualitativos, en este caso grupos focales o de discusión, tuvo como objetivo conocer el papel de las redes comunitarias de apoyo en la calidad de vida de hombres y mujeres con 60 años y más, en la zona de Aragón, en la Delegación Gustavo A. Madero del Distrito Federal (Montes de Oca, 2005). Entre las conclusiones de la autora, quien ya había presentado avances de su investigación (Montes de Oca, 2003), resalta que las mujeres en edad avanzada participan con mayor frecuencia en las redes de apoyo y en mayor número en los grupos organizados y que los varones tienen una presencia mucho menor, aunque cuando llegan a participar asumen una posición protagónica.

Para ellas, participar en un grupo significa una liberación de sus papeles de género; tienen facilidad para establecer relaciones de amistad entre sus compañeras y vecinas, y su socialización las entrena para cuidar estas relaciones, las cuales se siguen conservando y forman parte de sus redes comunitarias.

En cambio los hombres

tienen una escasa participación en los grupos comunitarios de apoyo. Entre quienes llegan a participar, regularmente sobresalen aquellos con estados de ánimo saludable y un gusto por la mayor convivencia con mujeres de su edad. Ellos llegan a los grupos una vez que han limitado sus redes familiares a partir de la muerte de la esposa y el casamiento o salida de los hijos (Montes de Oca, 2005, p. 126-128).

La relación entre emigración y redes familiares en la vejez es abordada en una investigación realizada en municipios de Guanajuato, algunas ciudades de Estados Unidos y la Ciudad de México (Montes de Oca, Molina y Ávalos, 2008). Entre los múltiples hallazgos de las autoras resalta la clasificación de las personas de edad mayor con relación a su propia experiencia migratoria, la experiencia migratoria de alguno de sus hijos y su lugar de residencia al momento de la investigación: los que en su juventud viajaron a otras comunidades pero que regresaron a seguir viviendo en su lugar de origen; aquellos que nunca han migrado, pero sus familiares sí lo han hecho; los que tienen experiencia migratoria y en su vejez residen donde vive alguno de sus hijos emigrantes, ya sea Estados Unidos o la Ciudad de México; los que alternan su estancia con sus hijos emigrados y su lugar de origen; por último los que viven solos ya sea por abandono, desaparición o fallecimiento. Entre las conclusiones del trabajo se menciona el papel limitado de las redes transnacionales y nacionales en la calidad de vida de las personas mayores residentes en Guanajuato; sin embargo resaltan la disposición de los emigrantes para fortalecer los lazos con sus familiares y comunidades de origen.

Material y métodos

Los datos utilizados proceden de la encuesta aplicada en el Estudio Nacional de Salud y Envejecimiento en México (ENASEM),² un estudio de panel prospectivo. La muestra ENASEM se seleccionó a partir de los hogares en muestra en el cuarto trimestre de la Encuesta Nacional de Empleo (ENE) 2000, realizada por el INEGI en México. La ENE tiene cobertura en áreas urbanas y rurales en los 32 estados de la República de México. Los hogares con al menos un residente nacido antes de 1951 fueron elegibles para formar parte de la muestra ENASEM. Si los individuos seleccionados estaban casados o unidos y el cónyuge o compañero residía en el mismo hogar, se entrevistó también a dicha

2 La encuesta forma parte del Estudio Nacional sobre Salud y Envejecimiento en México 2001, realizado por el Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI) y por investigadores de las Universidades de Pennsylvania, Maryland y Wisconsin, de Estados Unidos.

persona sin importar su edad. Se levantaron los datos de la encuesta base inicial en 2001 y el seguimiento en 2003. En este capítulo se utiliza parte de la información de 2001.

La identificación de la población indígena se logra con la aplicación de la pregunta sobre si el individuo habla lengua indígena. Con este criterio la muestra reporta un total de 1.190 individuos indígenas (8,0%). La edad fue agrupada en grupos quinquenales a partir de los 50 años y hasta los 79 y el último grupo se consideró de 80 y más años. La distribución por condición de etnicidad, edad y sexo se presenta en la tabla 1. Con el factor de ponderación reportado en cada caso se computó el factor de escalamiento que es utilizado en los subsecuentes cálculos estadísticos.³ A partir de varios ítems⁴ de la encuesta se construyeron cuatro variables dicotómicas: ayuda económica proporcionada a hijos, ayuda no económica proporcionada a hijos, ayuda económica recibida de hijos, ayuda no económica recibida de hijos.

En la primera parte del análisis estadístico se examina el comportamiento porcentual de estas variables respecto al sexo y la edad de los individuos agrupada en quinquenios, aplicando la prueba Chi² para establecer si existe o no asociación con estas características. Posteriormente se aplica el análisis de correspondencias múltiple con el fin de explorar los patrones establecidos a partir de la relación simultánea de las seis variables consideradas (ayudas económicas y no económicas recibidas y proporcionadas, edad y sexo). Para finalizar este primer análisis se explora el comportamiento de un «índice de reciprocidad» construido a partir de las posibles combinaciones de las categorías de las variables relacionadas con las ayudas recibidas y proporcionadas a hijos.

3 El factor de escalamiento se calcula como: $f_{esc} = \frac{n}{N} * \text{factorexporig}$ donde n es el tamaño de la muestra, N el de la población y factorexporig es el factor de ponderación original.

4 Los ítems se refieren a las ayudas recibidas o proporcionadas tanto económicas (dinero o especie) como no económicas (cuidados y/o compañía cotidiana) en los dos años anteriores a la aplicación de la encuesta.

Tabla 1. Distribución de la muestra de estudio por grupo de edad y sexo

<i>Grupo de edad</i>	<i>Indígena</i>			<i>No indígena</i>		
	Hombres	Mujeres	Total	Hombres	Mujeres	Total
50-54	176	192	368	1.433	1.790	3.223
55-59	113	108	221	1.355	1.589	2.944
60-64	88	68	156	1.046	1.287	2.333
65-69	89	41	130	928	961	1.889
70-74	63	34	97	635	662	1.297
75-79	56	40	96	472	445	917
80 y más	36	86	122	454	541	995
Total	621	569	1.190	6.323	7.275	13.598

Fuente: elaboración propia con base en los datos del ENASEM, 2001.

Transferencias por etnicidad, edad y sexo: análisis bivariado

Las redes de apoyo social se construyen a lo largo de la vida y están integradas por familiares, amigos, vecinos, etcétera. En el caso de las personas de edad mayor, las redes tienden a disminuir ante el cambio de residencia, muerte o enfermedad de familiares y amigos, situación que propicia que los apoyos principales con los que se cuenta queden reducidos en muchos de los casos al ámbito de lo familiar. En este apartado describiremos la relación de intercambio que establece la población indígena de edad mayor con sus descendientes directos, en particular sus hijos.

Los datos indican, por una parte, que la ayuda recibida por los adultos mayores es superior en proporción que las que ellos otorgan a sus hijos y por otra parte que ellos proporcionan en mayor medida ayudas no económicas, en tanto tienden a recibir ligeramente mayores ayudas económicas de sus hijos. Respecto al sexo de las personas de edad mayor, las cifras (véase la tabla 2) permiten inferir una relación inversa entre las ayudas económicas proporcionadas y recibidas; el porcentaje de hombres que proporciona ayuda económica a sus hijos es significativamente mayor que el porcentaje de mujeres que la otorgan, en tanto el porcentaje de mujeres que reciben ayuda es significativamente mayor que el de hombres. En las ayudas no económicas no se presentan diferencias significativas en los porcentajes de hombres y mujeres que las proporcionan y las reciben. El hecho de que los hombres indígenas de mayor edad reciban en mayor medida ayudas no económicas que económicas, tendría que ver con la menor afectación de su autoestima producto del rol de proveedor que ha desarrollado a lo largo de su vida como esposo y como padre. En tanto, los resultados para mujeres permiten percibir una mayor cercanía

entre ellas con sus hijos, tomando en cuenta la menor volatilidad de las cifras obtenidas. Las cifras revelan también la importancia que juegan las indígenas mayores como dadoras no solo de aspectos económicos y materiales, en cuanto poseedores de las tierras de cultivo y donde se construye la vivienda, sino también en aspectos no económicos como pueden ser las ayudas en los quehaceres y cuidados de nietos, aspecto que es usual en las comunidades indígenas donde la emigración del padre y cada vez más de la madre, hacia ciudades en nuestro país y/o de tipo internacional (Estados Unidos) en busca de mejores condiciones de vida es una constante ante la crítica situación en que se encuentra el campo mexicano.

En cuanto a la condición de etnicidad, solo se presentan diferencias significativas en las ayudas recibidas. Los indígenas de mayor edad reciben en más apoyos no económicos de sus hijos que los mayores no indígenas, situación que es inversa en las ayudas económicas recibidas, es decir, las personas de edad mayor no indígenas tienden a recibir mayores ayudas económicas de sus hijos con relación a la población indígena de edad mayor.

Los datos de la tabla 2 muestran que la edad es un factor que incide significativamente ($p < 0,05$) para otorgar y recibir ayudas económicas y no económicas, sin embargo el comportamiento es diferente según se trate del tipo de ayuda. En el caso de las ayudas proporcionadas, económicas y no económicas, se presenta una tendencia decreciente con respecto al aumento de la edad, siendo mayores los porcentajes de adultos mayores que proporcionan ayuda no económica a sus hijos con relación a los que proporcionan ayuda económica. Este aporte recibido de hijos se incrementa con relación a la edad de las personas mayores, de manera que casi siete de cada diez personas de 80 años o más reciben apoyos económicos de sus hijos. En cuanto a los aportes no económicos recibidos, los porcentajes presentan una forma de U, es decir en los grupos de edad menores y mayores se recibe en mayor proporción respecto a los grupos de edad entre los 60 y 74 años. Probablemente el tipo de ayuda es diferente en los dos extremos, siendo la ayuda recibida en edades mayores de 75 años debida al deterioro del estado físico y de salud, mientras la recibida a edades previas a los 60 años estaría vinculada con una cooperación mayor en las actividades colectivas de los hogares.

Tabla 2. Ayudas proporcionadas y recibidas por sexo, etnicidad y edad

		<i>Ayuda económica proporcionada</i>		<i>Ayuda no económica proporcionada</i>		<i>Ayuda económica recibida</i>		<i>Ayuda no económica recibida</i>	
		%	n	%	n	%	n	%	n
Sexo	Hombres	24,7	1.641	42,2	2.808	46,5	3.091	47,8	3.176
	Mujeres	17,5	1.321	43,2	3.258	58,5	4.416	49,2	3.715
		p<0,05		p>0,05		p<0,05		p>0,05	
Etnicidad	Indígena	20,6	231	42,8	475	49,0	550	59,6	669
	No indíg.	21,1	2.688	42,8	5.447	53,2	6.756	47,5	6.037
		p>0,05		p>0,05		p<0,05		p<0,05	
Edad	50-54	32,7	1.123	49,6	1.704	38,7	1.329	51,0	1.751
	55-59	25,8	792	50,5	1.553	48,8	1.501	52,0	1.598
	60-64	19,1	461	46,6	1.123	57,6	1.389	43,4	1.047
	65-69	14,3	278	42,0	820	57,5	1.117	44,9	876
	70-74	11,6	148	35,7	457	62,1	796	42,7	547
	75-79	8,7	87	29,0	289	64,9	647	52,5	520
	80 y más	6,7	72	11,5	120	68,9	727	52,6	552
		p<0,05		p<0,05		p<0,05		p<0,05	

Fuente: elaboración propia con base en los datos del ENASEM, 2001.

Transferencias por etnicidad, edad y sexo: análisis multivariado

Con el fin de observar el comportamiento simultáneo de las cuatro variables relacionadas con las ayudas recibidas y proporcionadas además del sexo, la condición de etnicidad y la edad agrupada se aplicó la técnica de análisis de correspondencia múltiple. La proyección encontrada (véase la tabla 3) indica que la dimensión 1 (eje X) se asocia principalmente con la información de las ayudas económicas y no económicas proporcionadas, edad y ayuda no económica recibida de hijos. En tanto la dimensión 2 (eje Y) se encuentra relacionada principalmente con la ayuda económica y no económica recibida así como con la edad y sexo de los individuos. Los datos encontrados indican que la condición de etnicidad, tomada conjuntamente con el resto de las variables, no tiene peso en la discriminación, lo cual es un dato muy importante que podría indicar ciertas condiciones homogéneas por cuestiones de etnicidad en la vejez respecto a las relaciones de ayudas que se analizan.

Tabla 3. Análisis de correspondencia múltiple. Asociación entre variables originales y variables proyectadas

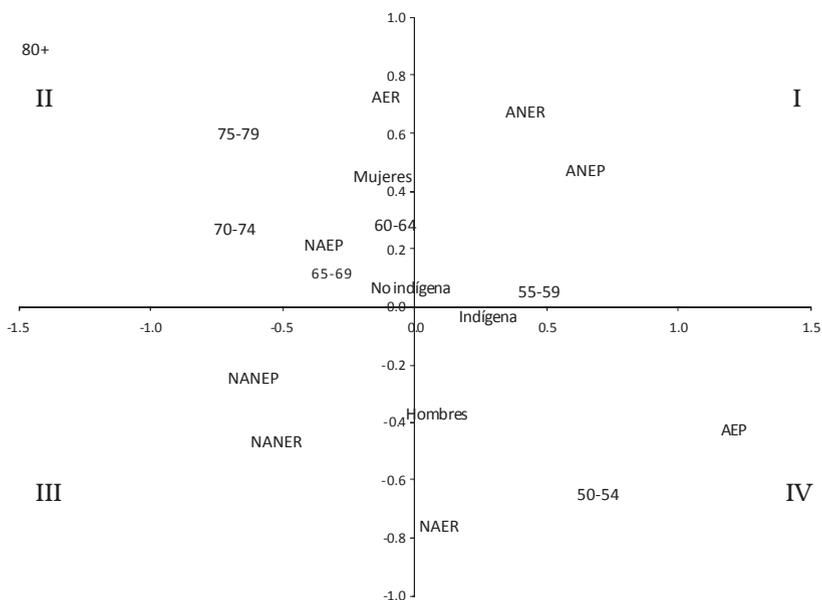
<i>Variable</i>	<i>Dimensión</i>	
	1	2
Sexo	0,009	0,167
Condición de etnicidad	0,007	0,001
Edad	0,410	0,210
Ayuda económica proporcionada	0,359	0,058
Ayuda no económica proporcionada	0,473	0,096
Ayuda económica recibida	0,004	0,571
Ayuda no económica recibida	0,281	0,270
Total de varianza (inercia) explicada: 0,416		

Fuente: elaboración propia con base en los datos del ENASEM, 2001.

La representación de las categorías proyectadas en el plano de coordenadas se presenta en el gráfico 1. Considerando la forma usual de nombrar los cuadrantes, en el sentido contrario de las manecillas del reloj, observamos que en la parte derecha del gráfico, cuadrantes I y IV, se asocian los individuos que pertenecen al grupo de menor edad y que proporcionan ayuda económica. Otra agrupación la conforman individuos que no proporcionan y reciben ayuda no económica, los cuales se asocian al grupo de 55-59 años. Los hombres se asocian principalmente con la categoría de los que no reciben ayudas económicas.

En los cuadrantes II y III se puede apreciar que mujeres e individuos cuyas edades oscilan entre 60 y 69 años no proporcionan ayuda económica; por otra parte, las personas que no proporcionan ni reciben ayuda no económica se encuentran un tanto relacionadas, indicando que quizás son las de redes familiares más débiles, asociándose con edades entre 70 y 79 años. Los individuos de 80 y más años se encuentran alejados de cualquier patrón indicado por las categorías, lo cual señalaría el estado de vulnerabilidad en los que se encuentra el grupo mexicano de mayor edad. Como ya se había advertido en el párrafo anterior las categorías de etnicidad, indígena y no indígena, no parecen asociarse al resto de las categorías.

Gráfico 1. Análisis de correspondencia múltiple sexo, edad y ayudas proporcionadas y recibidas



Fuente: elaboración propia con base en los datos del ENASEM, 2001.

AEP=proporciona ayuda económica,
 ANEP= proporciona ayuda no económica,
 AER=recibe ayuda económica,
 ANER= recibe ayuda no económica,
 NAEP=no proporciona ayuda económica,
 NANEP=no proporciona ayuda no económica,
 NAER=no recibe ayuda económica,
 NANER= no recibe ayuda no económica.

Relaciones de reciprocidad

En el gráfico resultante del análisis de correspondencia anterior se advierte la cercanía entre las categorías NANER y NANEP por un lado y ANEP con ANER por otro, dando pauta a inferir relaciones de reciprocidad en las ayudas entre hijos y sus padres de edad mayor, por lo que analizar el comportamiento como relación de reciprocidad en lugar de transferencias puede dar información relevante en cuanto a las redes familiares de apoyo de la población indígena de edad avanzada.

Con estas ideas presentes y considerando las 16 combinaciones posibles de las cuatro variables dicotómicas relacionadas con las ayu-

das proporcionadas y recibidas se construyó un índice de reciprocidad cuyos valores oscilan entre 0 y 15. El valor más bajo corresponde a personas de edad mayor que no reciben ni proporcionan algún tipo de ayuda. En contraparte el valor más alto corresponde a los que proporcionan y reciben tanto ayuda económica como no económica. En la tabla 4 se resumen las combinaciones mencionadas y los diferentes valores asignados al índice de reciprocidad.

Tabla 4. Índice de reciprocidad de ayudas de la población indígena de edad mayor

<i>Económica recibida</i>	<i>No económica recibida</i>	<i>Económica proporcionada</i>	<i>No económica proporcionada</i>	<i>Índice de reciprocidad</i>	
Sí	Sí	Sí	Sí	15	
		No	No	12	
		Sí	Sí	13	
		No	No	10	
	No	Sí	Sí	Sí	11
		No	No	No	6
		Sí	Sí	No	7
		No	No	No	4
No	Sí	Sí	Sí	14	
		No	No	5	
		Sí	Sí	8	
		No	No	3	
	No	Sí	Sí	Sí	9
		No	No	No	2
		Sí	Sí	No	1
		No	No	No	0

Fuente: elaboración propia con información de la ENASEM 2001.

Tabla 5. Medidas descriptivas del índice de reciprocidad de ayudas en población indígena de edad mayor por edad y sexo

Edad	<i>Hombres</i>				<i>Mujeres</i>			
	n	Media	Desviación estándar	Mediana	n	Media	Desviación estándar	Mediana
50-54	176	7,99	5,98	8,00	192	5,69	5,06	5,00
55-59	113	7,54	5,17	8,00	108	6,85	5,34	7,00
60-64	88	5,70	5,53	4,00	68	7,61	4,66	7,00
65-69	89	7,11	5,24	7,00	41	6,63	5,22	4,00
70-74	63	4,62	4,73	4,00	34	6,11	4,50	4,00
75-79	56	6,27	4,90	8,00	40	6,38	4,63	4,00
80 y más	36	5,13	3,34	4,00	86	5,68	4,72	4,00

Fuente: elaboración propia con base en los datos del ENASEM, 2001.

Las estadísticas calculadas por grupo de edad y sexo que se presentan en las tablas 5 y 6 permiten inferir un comportamiento diferencial para la población indígena y no indígena. Las mujeres no indígenas tienden a mantener estable la reciprocidad de ayudas salvo en el grupo de 70-74 años, donde se observa una disminución significativa; por su parte en mujeres indígenas el índice se comporta en forma parecida a la U invertida respecto de la edad, lo que indicaría tomando sus valores mayores entre los 55 y 69 años, que podría estar relacionado con diferentes factores demográficos como la esperanza de vida, la emigración de los hijos o con aspectos culturales como la solidaridad característica en la población indígena, no solo con su familiares sino con los miembros de sus comunidades. Llama la atención el bajo valor del índice en el grupo de mayor edad —aspecto íntimamente relacionado con el tipo de hogar unipersonal en que viven muchas de las mujeres indígenas los últimos años de su vida. No es posible establecer posibles diferencias en general sobre el valor del índice en mujeres indígenas y no indígenas.

En hombres el valor se ve influenciado porque la mayoría mencionaba que es dador de apoyos a sus hijos, lo cual en parte puede ser cierto y en parte se relaciona con el rol de proveedor que ha sido asignado a lo largo de su vida adulta y que de alguna manera tiene un significado en su masculinidad seguir ese papel o declarar que se sigue en los últimos años de la vida. Si se observa el valor de la mediana se puede inferir que en términos generales el índice toma valores mayores en hombres no indígenas, pero la media aritmética en algunos grupos es mayor en población indígena, lo cual de inicio nos habla de una mayor variabilidad del indicador en este último grupo. El valor del índice quizás oculta la composición de ayudas, ya que en población indígena el aporte se da en los dos sentidos, dar y recibir ayudas. En población no indígena es, en mayor parte, unidireccional, siendo los padres los que apoyan en menor medida a los hijos, lo que puede explicarse por los nuevos patrones en la composición de hogares en zonas más urbanizadas donde existe la tendencia a que los hijos permanezcan más tiempo en la casa de los padres debido al retraso cada vez más acentuado en la edad de primera unión conyugal, mientras que la población indígena joven sigue manteniendo patrones de unión a edades tempranas a lo que se suma el proceso migratorio, entre otras posibles explicaciones. Llama la atención el incremento en la media que se presenta en el grupo indígena a la edad de 75-79 años, lo cual podría deberse a la disminución en la capacidad física por deterioros en el estado de salud. Aunque los primeros grupos de edad en población indígena presentan valores altos puede deberse más a la

posibilidad de proporcionar apoyos que a la de recibir, lo que podría significar que tener la necesidad de dar ayudas en edades avanzadas y tener la posibilidad de otorgarlas fortalece la red de intercambio de los hombres indígenas respecto a sus hijos.

Tabla 6. Medidas descriptivas del índice de reciprocidad de ayudas en población no indígena de edad mayor por edad y sexo

<i>Edad</i>	<i>Hombres</i>				<i>Mujeres</i>			
	<i>n</i>	<i>Media</i>	<i>Desviación estándar</i>	<i>Mediana</i>	<i>n</i>	<i>Media</i>	<i>Desviación estándar</i>	<i>Mediana</i>
50-54	1.433	6,41	5,26	6,00	1.790	6,83	5,19	7,00
55-59	1.355	6,92	5,23	7,00	1.589	6,97	5,03	7,00
60-64	1.046	6,41	4,90	6,00	1.287	6,62	4,99	7,00
65-69	928	5,57	4,95	4,00	960	6,83	4,63	7,00
70-74	635	6,18	4,75	5,00	662	6,18	4,65	4,00
75-79	472	6,37	5,05	5,00	445	6,71	4,51	7,00
80 y más	454	5,30	3,82	4,00	541	6,72	4,17	7,00

Fuente: elaboración propia con base en los datos del ENASEM, 2001.

Conclusiones

Los resultados cuantitativos descritos en este capítulo, basados en la información del Estudio Nacional de Salud y Envejecimiento en México (ENASEM), confirman que la ayuda económica y en mayor medida la no económica que reciben las personas de edad mayor de parte de sus hijos es de notable importancia en su vida cotidiana, pero también hablan de la importancia de las ayudas que ellos proporcionan a sus hijos en cuestiones económicas y sobre todo en aspectos no económicos, como el cuidado de los nietos, quehaceres del hogar, siembra y cosecha en tierras de los hijos, etcétera, con lo cual queda claro que se establece una relación de reciprocidad, aspecto que cuantitativamente se exploró mediante la construcción de un índice.

El rol de género juega un papel importante y puede inferirse una relación más estrecha entre hijos y madres en función de las ayudas recibidas y otorgadas. En tanto los hombres reconocen que ellos proporcionan ayudas económicas a sus hijos, las cifras advierten de una menor probabilidad de aceptar que ellos reciben ayudas de sus hijos, situación que estaría relacionada con el rol de principal sostén de la familia y abastecedor de recursos económicos a lo largo de su vida y a la posibilidad de no poder seguir siéndolo debido a la edad avanzada.

La edad es una característica que influye sustantivamente en la posibilidad de que los indígenas proporcionen ayudas a sus hijos de acuerdo a las tendencias decrecientes en los porcentajes de mujeres y hombres. Sin embargo, solo en el caso de las ayudas económicas recibidas se observa un porcentaje creciente, es decir una mayor proporción de personas las recibe a medida que aumenta la edad, característica que no se presenta en la ayuda no económica recibida de hijos, la cual permanece casi sin variación.

La condición de etnicidad es la característica que en apariencia discrimina en mayor medida el aspecto de ayudas proporcionadas y recibidas; sin embargo, los datos deben tomarse con cierta precaución en tanto es un cuestionario que no se realizó tomando la especificidad de la población indígena mexicana que es diferente no solo en aspectos lingüísticos y sociales. Varios estudiosos de los pueblos indígenas han concluido que las diferencias se expresan particularmente en los aspectos culturales, por lo que al preguntar sobre ayudas recibidas o proporcionadas para el indígena puede tener un significado diferente que el resto de la población. Una característica que probablemente se relacione estrechamente con la condición de etnicidad es el lugar de residencia considerando que aunque aumenta cada vez más el número de indígenas que viven en zonas urbanas, la gran mayoría viven en sus localidades originarias rurales; desafortunadamente la encuesta no contempla esta variable y solo existe la caracterización de localidad urbana y mixta.

Los datos analizados permiten inferir sobre la importancia de las personas de edad avanzada para sus familiares en términos de las ayudas que representan no solo instrumental, como cuidadores de nietos por ejemplo, sino también económica no directa en función de que lo que realizaron en sus vidas, casa, trabajo y jubilación, bienes que son gozados por los hijos independiente de que estén unidos o no. Asimismo, la información confirma un comportamiento diferencial de los apoyos dados, pero sobre todo de los recibidos, entre hombres y mujeres en edad avanzada, lo cual motiva a emprender estudios sobre esta temática en profundidad desde la perspectiva de género. Cualquier política gubernamental que se elabore en términos de apoyos a la población indígena de edad mayor deberá contemplar la desigualdad que a lo largo de toda la vida se fue construyendo entre hombres y mujeres.

El cambio de la estructura por edad de la población mexicana, donde los grupos mayores están adquiriendo un peso porcentual cada vez mayor, plantea diferentes retos tanto a nivel de elaboración de políticas públicas como en la adaptación de las familias a una realidad donde las personas de edad mayor deben ser integradas. En este con-

texto resalta el bienestar económico y un entorno familiar favorable necesarios para que, por un lado, las personas de edad mayor vivan sin tantos contratiempos esa etapa de la vida y, por otro, poder seguir sintiéndose parte de la sociedad y familia a la que pertenecen.

Aunque en este trabajo no se abordan los apoyos formales institucionales como pueden ser las pensiones por trabajo universales por edad no pueden omitirse, del marco general de análisis de las condiciones de vida de las personas de edad mayor, las políticas del Estado mexicano impulsadas en tiempos recientes en torno a las adecuaciones de los sistemas de jubilaciones y pensiones que caminan más por una preocupación económica en lo macro, que para el bienestar de los individuos. Las reformas a la ley del IMSS emprendidas en la década de los noventa, y las del Instituto de Seguridad y Servicios Sociales de los Trabajadores del Estado (ISSSTE) en 2007, crean el Sistema de Ahorro para el Retiro (SAR) y los fondos individuales para el retiro (AFORES) modificando de raíz el sistema de solidaridad intergeneracional que existía para las personas que cotizan en alguna de las dos instituciones. El argumento de las previsiones actuariales que indican que estas instituciones no contarán con los recursos para enfrentar la demanda de jubilaciones y pensiones ante el aumento de personas que entrarán en edad de jubilación no es fácil de sostener si se considera el bajo porcentaje de población que cuenta con un trabajo formal, que le permitiría en el futuro aspirar a una pensión por jubilación. El caso de las personas de habla indígena mexicana es aún más emblemático de esta situación, dado que la mayoría trabaja en el campo ya sea en tierras propias o ajenas sin seguridad social que le permita aspirar a jubilarse después de ciertos años de trabajo.

En países desarrollados existe la pensión universal para personas de edad avanzada como uno de los pilares de los sistemas de pensiones. Pero México está lejos de adoptar una política de este tipo si se consideran las reacciones negativas de los políticos identificados con las medidas neoliberales, ante la aprobación por parte de los órganos de gobierno de la Ciudad de México de una ley sobre el sistema de pensión universal para las personas mayores de 70 años que consta de un apoyo mensual en despena de poco más de medio salario mínimo entregado en una tarjeta que puede ser usada para la compra de productos en supermercados y farmacias. La respuesta en años recientes del gobierno federal ha sido la implantación de un programa de apoyo económico a personas de 70 o más años que viven en localidades de menos de 30 mil habitantes; el monto otorgado es de \$300 mensuales, menor a lo otorgado en la Ciudad de México y con cobertura muy por debajo de la requerida.

Las políticas implantadas y las posiciones respecto al cambio de estructura de edad de la población parecen llevar el mensaje del Estado de que deberá ser en el seno familiar donde recaiga la responsabilidad de atender a padres o abuelos. En el caso de familias de sectores de la población que padece en mayor medida la desigualdad social, como la indígena, esta nueva responsabilidad que tendrán que asumir, si el Estado no cambia su estrategia, probablemente propiciará el incremento de la pobreza y por tanto el empeoramiento de las condiciones de vida.

Bibliografía

- Cantú, R. H. (2003) «Envejeciendo entre la caña y el café», en Felipe Vázquez Palacios (coord.), *Contando nuestros días. Un estudio antropológico sobre la vejez*, México: CIESAS.
- Clemente, M. A. (2003) «Redes sociales de apoyo en relación al proceso de envejecimiento humano. Revisión bibliográfica», en *INTERDISCIPLINARIA, Revista de Psicología y Ciencias Afines*, Buenos Aires: Centro Interamericano de Investigaciones Psicológicas y Ciencia Afines, vol. 20, n.º 1.
- CNDPI (Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas) del Gobierno Federal de México (2002) *Indicadores socioeconómicos de los pueblos indígenas de México*, México D.F.: CNDPI.
- Enríquez, R. (2005) «Redes sociales y envejecimiento y pobreza urbana: reflexiones a partir de un estudio de caso», en Rosa María Camarena Córdova (coord.) *Población, desarrollo social y grupos vulnerables. VI Reunión de Investigación Demográfica*, México: UNAM, Instituto de Investigaciones Sociales, Sociedad Mexicana de Demografía.
- Enríquez, R. y Aldrete, A. P. (2003) «Redes de apoyo social y adultos mayores en contextos urbanos de pobreza extrema en México: un estudio de caso», ponencia presentada en el Simposio «Viejos y Viejas Participación, Ciudadanía e Inclusión Social», 51 Congreso de Americanistas, Santiago de Chile, 14 al 18 de julio.
- García, H. y Madrigal, R. (1999) «Redes sociales y vejez: apoyos formales e informales en el área metropolitana de Monterrey» en *Papeles de Población*, México: Centro de Investigación y Estudios Avanzados de la Población (CIEAP), Universidad Autónoma del Estado de México (UAEM), n.º 19.
- Guzmán, J. M., Huenchuan, S. y Montes de Oca, V. (2003) «Redes de apoyo social de las personas mayores: marco conceptual», en *Notas de Población*, Santiago de Chile: CEPAL/CELADE, n.º 77.
- Hackert, R. y Guzmán, J. M. (2004) «Envejecimiento demográfico y arreglos familiares de vida en América Latina», en Ariza, M. y De Oliveira, O. (coords.), *Imágenes de la familia en el cambio de siglo*, México: Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Autónoma de México (UNAM).
- Ham-Chande, R., Ybáñez, E. y Torres M., A. L. (2003) «Redes de apoyo y arreglos de domicilio de las personas en edades avanzadas en la Ciudad de México», en *Notas de Población*, Santiago de Chile: CEPAL/CELADE, n.º 77.
- Jáuregui, B., Poblete, E. y Salgado de Snyder, N. (2006) «El papel de la red familiar y social en el proceso de envejecimiento en cuatro ciudades de México», en Salgado de Snyder, N. y Wong, R. (eds.), *Envejecimiento, pobreza y salud en población urbana. Un estudio en cuatro ciudades de México*, Cuernavaca, México: Instituto Nacional de Salud Pública.
- Luna, M. (2004) «Redes sociales», en *Revista Mexicana de Sociología*, México: Instituto de Investigaciones Sociales-UNAM, número especial 1939-2004, 65 aniversario.
- Martínez, I. (2002) «Recomendaciones sobre métodos e instrumentos para estudios sobre redes de apoyo y calidad de vida», Ponencia presentada en la Reunión de Expertos en Redes de Apoyo a Personas Mayores: el rol del Estado, la familia y la comunidad, Santiago de Chile, 9 al 12 de diciembre.
- Montes de Oca, V. (2005) «Redes comunitarias, género y envejecimiento», en *Cuadernos de Investigación*, México: Instituto de Investigaciones Sociales-UNAM, n.º 31.
- (2004) «Envejecimiento y protección familiar en México: límites y potencialidades del apoyo en el interior del hogar», en Ariza, M. y De Oliveira,

- O. (coords.), *Imágenes de la familia en el cambio de siglo*, México: Instituto de Investigaciones Sociales-UNAM.
- (2003) «Redes comunitarias, género y envejecimiento. El significado de las redes comunitarias en la calidad de vida de hombres y mujeres adultos mayores en la Ciudad de México», en *Notas de Población*, Santiago de Chile: CEPAL/CELADE, n.º 77.
- (1999) «Relaciones familiares y redes sociales», en Consejo Nacional de Población, *Envejecimiento demográfico en México: retos y perspectivas*, México: CONAPO.
- (1998) «Intercambio y diferencias de género en el sistema de apoyo a la población envejecida en México», en Hernández Bringas, H. y Menkes, C. (coords.), *La población de México al final del siglo XX*, México: UNAM.
- Montes de Oca, V., Molina, A. y Avalos, R. (2008) *Migración, redes transaccionales y envejecimiento. Estudio de las redes familiares transaccionales de la vejez en Guanajuato*, Guanajuato, México: Instituto de Investigaciones Sociales-UNAM.
- Ordorica, M. (2004) «Cambios demográficos y desafíos para la política de población en México. Una reflexión a largo plazo», en *Papeles de Población*, México: Centro de Investigación y Estudios Avanzados de la Población-UAEM, n.º 40.
- Ronzón, Z. (2003) «El anciano ante la falta de asistencia social y de salud», en Felipe Vázquez Palacios (coord.), *Contando nuestros días. Un estudio antropológico sobre la vejez*, México, CIESAS.
- Rubalcaba, R. M. (1999) «Ingresos de las personas de edad y características de sus hogares», en Consejo Nacional de Población, *Envejecimiento demográfico en México: retos y perspectivas*, México: CONAPO.
- Solis, P. (1999) «El ingreso a la cuarta edad en México: una aproximación a su intensidad, calendario e implicaciones en el apoyo familiar y social a los ancianos», en *Papeles de Población*, México: Centro de Investigación y Estudios Avanzados de la Población-UAEM, n.º 19.
- Tuirán, R. y Wong, R. (1993) «Transferencias familiares en el envejecimiento», ponencia presentada en el Seminario sobre envejecimiento demográfico en México organizado por la Sociedad Mexicana de Demografía (SOMEDE) y el Colegio de México, Ciudad de México, octubre.
- Vega, D. y Martínez, M. A. (2003) «Hogares indígenas», en Consejo Nacional de Población, *La situación demográfica en México 2003*, México: CONAPO.
- Wong, R. (1999) «Transferencias intrafamiliares e intergeneracionales en México», en Consejo Nacional de Población, *Envejecimiento demográfico en México: retos y perspectivas*, México: CONAPO.